



LA FESTIVIDAD DE LA RESURRECCION DEL SEÑOR



P. José Guillermo Medina, Vicario de Argentina.

Estimados Hermanos,
El texto del Evangelio de la noche de Pascua (Lc 24, 1-12) que proclama la resurrección de Jesús presenta una fuerte carga simbólica. Quisiera en esta ocasión detenerme solamente en una algunas de ellas. Dice el Evangelio de Lucas, el autor de la proclamación de la misericordia, que una vez llegada las mujeres al lugar del sepulcro entraron y no encontraron el cuerpo

de Jesús. No encontraron, podríamos decir, lo que ellas buscaban o mejor dicho lo que ellas querían encontrar. Se encontraron con la sorpresa de que Jesús no estaba más. Esto las llena de desconcierto y de temor. Y es así la novedad, la sorpresa de Dios, el Dios que le gusta sorprendernos nos desconcierta, nos desubica, nos desestructura, nos desarma completamente y esto nos llena de temor porque nos sentimos inseguros, porque no somos más capaces de controlarlo todo, porque hay algo que nos desborda.

Las mujeres tienen miedo. El cambio les produce miedo. Este año siguiendo nuestro itinerario de conversión, Agustín nos invita a hacer esta experiencia de las mujeres, es decir, a dejar que la resurrección del Señor nos desestructure, a revisar y replantearnos nuestras estructuras mentales, nuestras ideas, nuestros pensamientos, nuestros propios esquemas para adecuarlos a la novedad del Evangelio, para adecuarlos al amor y la misericordia de Dios. La fuerza imparabla de la resurrección cuestiona o debería hacernos cuestionar nuestras propias estructuras; la resurrección mueve nuestras estanterías, las piedras duras y pesadas de nuestros sepulcros, en la que, por comodidad o seguridad, nos aferramos. Las mujeres se sienten cuestionadas y por eso el desconcierto. La resurrección exige de un cambio de esquemas o paradigmas. No podemos aco-

ger la nueva vida en odres viejos. A vino nuevo odres nuevos. Este es el mensaje que le transmiten los hombres vestidos de blanco: ¿por qué buscan entre los muertos al que está vivo?

Para aumentar el desconcierto, dice el evangelio, se le aparecieron unos hombres con vestiduras deslumbrantes. E inmediatamente escribe Lucas... como no se atrevían a levantar la vista del suelo, ellos le preguntaron: ¿por qué buscan entre los muertos al que está vivo? No se atrevían a levantar la vista del suelo... resulta interesante este detalle. Las mujeres todavía no son capaces de mirar como el profeta que sabe intuir el más allá. Tienen la mirada corta, una mirada auto-referencial, ensimismada, miran al suelo. Quien se detiene en la referencia a sí mismo, dice Francisco, a menudo, posee la imagen y se conoce sólo a sí mismo y su propio horizonte. El miedo a la novedad, la resistencia al cambio, a abandonar sus propios esquemas hace que sus miradas se replieguen sobre sí mismas. El que está a la autodefensiva no levanta la vista porque la novedad le da vértigos. Y el efecto que se produce es que busquen al que está vivo entre los muertos. Tremenda y paradójica confusión.

¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? Esto más que una pregunta, parece un reproche, un llamado a despertar, a abrir los ojos, o mejor dicho a levantar la mirada. Es como si los hombres de vestiduras deslumbrantes les dijeran: dejen de mirarse a ustedes mismas, no sean egoístas ya que solo de esa manera encontrarán calamidades, muerte, destrucción y no la verdadera vida. Para encontrar al Jesús resucitado tenemos que levantar la vista, mirar más allá de nosotros mismos, salir de nuestro egoísmo, de la mirada auto-referencial que todo lo mira, lo ve y lo juzga desde los propios intereses y lo que le más conviene; una mirada que no es capaz de salir de sus esquemas rígidos, es más, que se aferra a los perfumes que habían preparado, que son buenos pero ya no sirven, busca a Jesús entre los muertos y ha perdido la esperanza. La mirada de las mujeres es una mirada mezquina, poco generosa y poco flexible. La mirada corta y vuelta sobre sí mismo hace que muchas veces nos empantanemos entre los cadáveres, que nos enredemos con nuestras propias miserias,



que vivamos una vida poco religiosa, mas inmanente que trascendente. Como a las mujeres del sepulcro hoy cada vez más nos cuesta ver a Dios, reconocerlo entre nosotros, celebrarlo en nuestra fraternidad. Vemos solo muerte y cadáveres.

No está aquí, ha resucitado. La lectura de los libros neoplatónicos le permitieron a Agustín convertir su mirada, ver las cosas de otra manera...a la manera de Dios. Esto fue el comienzo de su resurrección. Le permitió ampliar su mirada y descubrir el mundo interior, la realidad trascendente que hasta entonces permanecía oculta a causa del materialismo. Su segunda conversión le permite levantar la mirada y descubrir en su corazón que Dios lo espera, que él lo busca. No es el Dios que se imaginaba. El es el totalmente Otro, con un rostro diferente. Dios escapa a nuestros esquemas. El es la novedad. El no está aquí, ha resucitado. Las palabras de los hombres de vestiduras deslumbrantes son una invitación a buscar a Dios más allá de nuestros esquemas porque él no está aquí... está allá... está en otra parte. Está en lo profundo de nuestro corazón que tiene sus propias leyes y razones. En el mundo tan sorprendente y tan desconocido. Tan cercano pero al mismo tiempo tan lejano. Un mundo en el que para ver a Dios nos tenemos que trascender a nosotros mismos.

El Dios que nos espera y nos busca es el Dios misericordioso. El padre tierno y bondadoso que rompe con todos los esquemas y que desconcierta al Hijo mayor que creía saberlo todo y controlarlo todo, que se creía perfecto y fiel cumplidor de los preceptos. La ternura de Dios nos desconcierta y por eso el Hijo mayor de la parábola lucana no entiende nada...no entiende la fiesta...no entiende la alegría...no entiende el perdón del Padre. Su rigidez y fundamentalismo han torcido tanto su mirada no le permiten sumarse a la fiesta es más se convierten en barreras que impiden disfrutar de la fiesta de la misericordia y del perdón. La misericordia exige de nosotros un cambio de mentalidad, una verdadera *metanoia* que nos permita amar, sentir y pensar como Jesús. ¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! dice el Papa Francisco refiriéndose al Jubileo de la Misericordia. Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón.

Pido al Señor Resucitado que su ternura y misericordia toque nuestro corazón, toque el corazón de nuestras comunidades. No nos cerremos a esta experiencia. No nos perdamos de esta fiesta. La ternura nos hace bien sentirla y compartirla. Que el corazón tierno de Dios humanice nuestras comunidades,

nuestras relaciones, nos devuelva la familia. Cuide-mos la amistad entre nosotros, la vida de familia, el amor entre nosotros. Que el monasterio, como dice Francisco, no sea un purgatorio, que sea una familia. Los problemas están, estarán, pero, como se hace en una familia, con amor, buscar la solución con amor; no destruir esto para resolver aquello; no competir. No es el tiempo de herirse sino de sanar las heridas, de aliviarlas con el óleo de la consolación, de venderlas con la misericordia y curarlas con solidaridad. No caigamos en la indiferencia que humilla, dice el Papa Francisco, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Hagamos de este año un tiempo del reencuentro en el que nos sintamos samaritanos unos con otros, el año de la reconciliación y del perdón, del diálogo y de la escucha. Vivamos la mística del encuentro.

Recuerden, dicen los hombres de vestiduras deslumbrantes en el Evangelio, lo que les decía cuando aún estaba en Galilea. Pido al Señor que en esta noche santa nos permita volver al lugar donde todo comenzó, a nuestra Galilea, a nuestro primer amor. Lo primero para lo que se han congregado en comunidad es para que vivan en la casa unánimes y tengan un alma y un solo corazón orientados hacia a Dios. Recordemos ese amor primero y que ese amor sane nuestras heridas, venza nuestras resistencias, se ocupe de nuestras debilidades, perdone nuestras ofensas, nos devuelva la esperanza y nos abra los ojos para reconocer a Jesús presente en medio de nosotros que no deja de amarnos y ser misericordioso con cada uno de nosotros.

Les deseo con todo cariño y afecto una feliz Pascua de Resurrección del Señor

Fraternalmente,

FR. Jose Guillermo Medina, OSA.
Vicario Regional

